

# COMO DEBE LEERSE A ECKERMANN

De un Libro en Preparación Sobre Goethe

Por ALFONSO REYES

LOS que tienden a considerar la persona de Goethe como más importante que su obra, prefieren las *Conversaciones* de Eckermann al *Fausto*. ¡Allá ellos! La mayor reacción contra esta tendencia está representada en Gundolf. Para Gundolf no hay más vida de Goethe que su obra misma, y singularmente su obra poética, porque nos descubre directamente el alma de Goethe en su intimidad y soledad. Aquí está el meollo, aquí está el centro de la figura. Caminando al exterior, y en sucesivos círculos concéntricos, encontraríamos la obra científica, que ya es como un primer paso del sujeto al objeto; y después, los diarios, los anales, las páginas autobiográficas y las cartas del mismo Goethe. Finalmente, y ya en el círculo más externo, aparece la literatura contemporánea sobre Goethe, los libros especiales de Müller, Sorret o Eckermann en que se recogen las conversaciones del dios de Weimar, y por último, las cartas de los que lo conocieron y que han podido llegar hasta nosotros. Así, pues, con Eckermann nos quedamos en el círculo externo. Por mucho que buena parte del diario de Eckermann haya podido recibir la directa sanción de Goethe, conviene tener en la mente este discrimen.

En las conversaciones de un hombre a lo largo de tantos años, las cuestiones se presentan bajo muchos aspectos y, como lo reconocía el mismo Eckermann, no es extraño encontrar juicios más o menos contradictorios. Si alguna vez, por ejemplo, Goethe considera con envidia el espectáculo

de un París que absorbe y concentra la vida de toda una nación, mientras los ingenios alemanes andan dispersos e incommunicados en Viena, Berlín. Koenigsberg, Bonn y Dusseldorf, otra vez—hablando de la unidad alemana que está ya en el aire—ponderará la ventaja de tener varios centros de igual condensación, en lugar de un único París. Y la verdad es que en ambos casos ha tenido razón. La perspectiva ha cambiado, el ángulo es otro, y todo el paisaje se alterará; consideración que debe servir de criterio, para no enredarse con las aparentes contradicciones.

Aun cuando Eckermann sea el más encantador y ameno de los testigos, no pasa de ser el fiel discípulo, el que a veces querrá tomar al pie de la letra hasta las salidas de su maestro y sacrificar, real y positivamente, un gallo a Esculapio, como en el cuento de "Clarín". Adora en Goethe, y así, carece de humorismo. Le falta ese momentáneo despego que el pintor emplea para apreciar como con ojos extraños el cuadro en marcha. Presentimos que el tono de Goethe, al pasar por el resonador de Eckermann, se refracta un poco. Se nos figura que Goethe hablaba frecuentemente con frases más incisivas y más cortas, más parecidas a sus epigramas o *Xenias*. Con un leve esfuerzo, creemos transparentar, por entre el zumbido del discurso de Eckermann, los aletazos goethianos.

Goethe parece más desembarazado cuando habla con Müller: le da algunas bromas, se divierte en irirtarlo, por ejemplo, a propósito de las cues-

tiones religiosas. En Müller se trasluce algo del humorismo de Goethe, de sus cuentecitos, de sus chistes; a la recitadora que se excede en los ademanes, Goethe le pone una silla delante, rogándole que empuñe el respaldo con ambas manos. Para dar una lección oportuna, cuenta la historia de la castellana de Nuremberg que, oyendo a los jóvenes hacer alardes de sinceridad y criticar con demasiado énfasis y aun con grosería a los aduladores e hipócritas, juntaba las manos y exclamaba en un raptó: "¡Ay, aduladores e hipócritas, cuánto os amo!" Otro día se acuerda del miedo que tenía Kaunitz a que le mentaran la muerte. Este miedo llegó a tal punto que, después del fallecimiento de su hermana, siguió enviándole fruta, como lo tenía por costumbre, y cuando el emperador murió, hubo que anunciárselo así: "José II ha dejado de firmar". En otra ocasión, se acuerda Goethe de cómo el doctor Buchloz se puso en ridículo, solicitando ante la Academia de Ciencias el título de Plinius Secundus, a lo que se le

contestó que ninguno se llamaba así en la tribu de los Plinius. El cardenal de Este elogia al Ariosto: "¿Ma dove, Messer Ludovico, aveto pigliate tanto coglionerie?" "Y esto me digo a mí mismo cuando releo el *Meister*", añadía Goethe de buen humor. Bertuch, maestro en apropiarse lo ajeno, cuando ve a Batsch escribir un nuevo sistema de historia natural, hace saber que, no teniendo tiempo de exponer sus ideas al público, Batsch se encargaría de hacerlo en su nombre, anécdota que tiene ya todo el sabor de la maledicencia literaria y nos cura un poco del Goethe imperturbable. La mujer de Herder recibe, sin rodeos, el calificativo que se merece; cabeza a pájaros. La señorita Caspers es uno de esos seres femeninos y amables, pero neutros, "adiáforos", dotados de una escasa sensualidad, que por eso mismo cruzan la existencia con cierta fortuna, porque justamente no nos seducen más allá del placer de pasar un rato en su compañía. Y si le preguntan cómo va, dice con una muequecilla burlona: "Mal:





ni estoy enamorada, ni nadie lo está de mí". Como vemos, el joven Canciller Müller, que a veces redacta sus notas en estilo telegráfico y a veces francamente mal, nos ha conservado, sin embargo, ciertas fórmulas poéticas que le hacía a Goethe en el diálogo: "Los astrónomos, los más sociables entre todos los ermitaños..." A propósito de una linda polonesa que encontró en Carlsbad, "delicioso polichinela sármata lleno de gracia y buen humor", de quien nadie parecía hacer caso, como de una pobre Cenicienta, Goethe observaba, con orgullo de conocedor: "Pero yo la descubrí, y la saqué de la ceniza como a una castaña". O cuando, entre las diez y las once, sus amigos han comenzado a despedirse: "Tendrě, pues, que trabar amistad, a solas, con la media noche". Y sobre la salud vacilante de algún amigo: "La esperanza sólo se posa ya en los bordes de la urna". Este acento se nos diluye un poco entre la retórica de Eckermann. Allí no lo encontramos.

Claro es que Goethe, ante su discípulo Eckermann, se ensayaba un poco para la eternidad. Sabía perfectamente que cuanto dijera delante de aquel muchacho sería metódica y diligentemente recogido pocas horas después, y algún día entregado al apetito de las generaciones. En consecuencia, el Excelentísimo señor Consejero procuraba no ofrecer a su rendido escriba más que los aspectos menos discutibles de su persona. Le habla de ideas, de cuadros, de actores, de la novelística inglesa o italiana, del pre-romanticismo francés, de la tragedia antigua, y no ve el objeto de explayarse sobre sus desdichas humanas. Le ocultaba, seguramente, la pasión y la intimidad.

Así se explica que Eckermann no parezca haber tenido a tiempo noticia de que la afección cardíaca contraída por Goethe a su regreso de Marienbad, era imputable al esfuerzo que hizo para renunciar a Ulrica de Levetzow. Goethe conoció a Ulrica (no confundirla con Ulrica Pogwisch, la hermana de su nuera Otilia), en Carlsbad, por 1806, cuando la criatura tenía dos años. La encontró en Teplitz, 1821, y luego en Marienbad, donde se hospedó en su misma casa. Vuelve a reunirse con ella los dos años siguientes, durante la estación social. La hace pedir en matrimonio por el Gran Duque (Cristiana, su esposa, había muerto desde 1816). Es respetuosamente rechazado por quien sólo sentía para él un cariño delicadamente filial. ¡Lo que el amor cuesta a los viejos!, diría el novelista Balzac.

Goethe ha pasado por esta tortura con la provocativa Bethina, con la dulce Minna Harzeneb, y ahora con Ulrica: *Ultima neeat*. Ulrica ha desmentido esta historia en un relato publicado en el *Arbeit*, Munich, 1904. Pero nadie ha hecho caso de estos escrúpulos tardíos. Queda de este amor el testimonio de Goethe, en su *Elegía de Marienbad*, y todos los biógrafos cuentan los disgustos que provocó en familia este empeño matrimonial del anciano. Goethe renunció, pero a costa de su salud. Cuando su amigo Zelter vino de Berlín, lo encontró en un estado de postración alarmante, y lo que es peor, abandonado de su hijo Augusto y de su nuera, que habían reñido con él, gente mediocre al fin, incapaz de respetar las extralimitaciones del genio. Zelter se quedó a la cabecera de Goethe cerca de un mes, confortándolo y administrándole los alivios de la confesión laica. Por esos días llegó la pianista Szymanowska, que no dejaba de agrardarle a Goethe y tocaba el piano, según el decía, con una "facilidad polaca". La música de esta buena hada acabó la curación que Zelter había comenzado. La *Elegía de Marienbad* pudo tener un final victorioso, en que el alma recupera su orden.

Pues bien: de todo esto o nada entendió Eckermann, o nada quiso decir por discreción, que para nuestro caso es lo mismo. No, no sería él quien podría escribir para la posteridad un Goethe en pantuflas. Sin embargo, en la tercera parte de sus *Conversaciones*, que publicó a guisa de complemento y retoque de las dos anteriores, aparece una noticia que dice: "Más bien parece que la causa de su actual enfermedad es la apasionada inclinación que sintió este verano, en Marienbad, por cierta muchacha, inclinación que ahora trata de combatir". (17-XI-1823). Siempre habíamos sospechado que esta nota no era testimonio directo y acaso había sido añadida "a posteriori". Un día, al fin, se han publicado las *Conversaciones con Goethe*, de Soret. (1) Como lo habíamos presentado, la nota arriba transcrita no es de Eckermann, sino de Soret.

(1) París, Montaigne, 1932, pág. 27.—La edición es incómoda. Para averiguar el año de cada acontecimiento, hay que referirse al índice, cuando hubiera sido tan fácil sacarlo al margen, arriba de cada página, ya que no repetirlo otra vez en cada fecha. Las notas finales producen nueva confusión: en vez de llevar numeración corrida, la numeración comienza otra vez para cada año. Otra anomalía más: las notas están intercaladas a medio libro, entre las conversaciones propiamente tales y la semblanza de Goethe por Soret.

Soret, por edad y por situación social, estaba más cerca de las intimidades de Goethe. El maestro no podía olvidar que respondía un poco de Eckermann, a quien, a la vez que aprovechaba, estaba educando.

Y, a pesar de todo, la buena fe de Eckermann y su perfecta lealtad dan a su testimonio—siempre que se tengan en cuenta las anteriores reservas—un valor único. Tampoco es difícil descubrir, en las charlas que él nos transcribe, las notas reiteradas, dominantes, y atenerse a las declaraciones que no dejan duda. Ciertamente es que Eckermann sólo fue testigo de los nueve últimos años en una vida de ochenta y tres, pero esto da al testimonio su verdadero carácter, en vez de desvirtuarlo; es el saldo, es la etapa final en que Goethe—siempre tan dado a contemplarse a sí mismo como desde arriba, y mucho más ahora, desde las lejanías de la ancianidad—habla de su obra en tiempo pasado, desentraña las directrices de su vida, y nos muestra las consecuencias de su conducta. Nos presenta entonces como un compendio de sí propio, ahorrándonos el trabajo de establecerlo por nuestra cuenta, sin el peligro de perdernos en una interpretación simbólica y artística como la de *Poesía y verdad*. (Además de que *Poesía y verdad* sólo llega a los veinticinco años de Goethe. Es, podemos decir, el Goethe prehistórico). Por otra parte, es indudable que el Goethe de los últimos años, como el Platón de la última manera—según el sutil análisis de



Natorp—, muestra cierta inclinación a las expresiones buscadas, solemnes, sacerdotales, estilo que llega a serle tan habitual, que él mismo no parece percatarse de su trascendencia poética.

Las *Conversaciones* de Eckermann se releen siempre con placer. El pastorcito del Luhe—hijo de un bucanero y de una hilandera—busca su destino a tanteos, como esas briznas de marmaja que tiemblan bajo la atracción de la piedra imán. Ya sale a pie de Gottinga; ya atraviesa el valle de Werra; ya entra en el camino real, ¡ya está en Weimar! Eran los primeros días de junio de 1825. Goethe lo recibe el martes 10. He aquí un martes que no fue aciago.

## ESTA REVISTA

Constituye una de las publicaciones del Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México y no está afiliada a ninguna doctrina en particular ni pertenece a grupo alguno sectario, sino que abre sus páginas a todas las tendencias.